

EL PRESIDENTE REAGAN COMO LÍDER RESONANTE. LA INTELIGENCIA EMOCIONAL COMO METODOLOGÍA DE PODER

José J. Sanmartín

Profesor de Ciencia Política y de la Administración, Universidad de Alicante

jose.sanmartin@ua.es

Palabras Clave:

Reagan. Liderazgo. Presidencialismo. Democracia.

Introducción.

La habilidad del Ronald Reagan para implantar su imagen pública como icono de la democracia estadounidense se fundamentó, junto a sus cualidades de interlocución política, también en su quasi maquiavélico manejo -a veces, manipulación- de la retórica presidencial para adoptar posiciones que sintonizaran con los valores predominantes y sentimientos latentes de su auditorio. Reagan ejerció el maniqueísmo de manera permanente, y en un ámbito doble -político y moral- que, en sus manos, convergía en una misma dimensión: ideología democrática.

Ante el pueblo soberano, el Presidente se presentaba como el único líder preparado y entregado a la resolución de los problemas que le planteasen sus conciudadanos, al tiempo que era capaz de atender propuestas e ideas nuevas. Escuchar y servir. Un Presidente que, con sentido teatral y rentabilidad electoral, adoptaba una línea deliberada de atención a los demás, de entrega a todos. La figura iconológica de un héroe inmolado en el altar del deber; un mártir del servicio público que sacrificaba su vida personal para salvar a sus compatriotas de la tragedia del poder en Washington. Ante el imaginario popular, el Presidente se presentaba como el abnegado patriota que luchaba contra la maquinaria burocrática de la capital federal para impedir cortapisas a las libertades individuales de cada estadounidense, o para obstaculizar las temibles subidas de impuestos que asolaban a las clases medias del país.

Las metáforas visuales alcanzaron de lleno su objetivo y, ya en su primer mandato, Reagan puede ser identificado correctamente como un líder que aplicaba la inteligencia emocional como metodología de poder. Padre, amigo, vecino, esposo, héroe, mártir... El Presidente era eso y mucho más, según conviniera a sus intereses políticos. Las circunstancias, y el perfil de cada auditorio al que se dirigía, imponían criterios de flexibilidad que Reagan cumplió ampliamente dado su sentido de la

oportunidad política y su elasticidad ideológica. En esta ponencia, estudiaremos su ductilidad para la metamorfosis en su retórica política, su propia arquitectura como nuevo Rey Patriota (en términos de Bolingbroke), y aportaremos propuestas que expliquen las causas motivadoras, los recursos empleados y los resultados conseguidos en aplicación de su figura como líder resonante.

Patriotismo y democracia.

En sus discursos, América aparecía como una tierra de infinitas oportunidades, donde sus probos ciudadanos podían satisfacer sus expectativas y hacer realidad sus ilusiones. El Presidente reivindicó el sentido democrático último que tuvo el "sueño americano" como motor del ascenso social. Cada persona tiene derecho a luchar por cumplir su proyecto de vida; y la institución presidencial está –aquí y ahora- para apoyar y sustentar el ejercicio de ese derecho natural, absolutamente inalienable. El continente político convertido en tierra de promisión.

Un Presidente que situado por encima de los partidos; incluso del suyo. Este es un proceso largo que conduce a una aproximación al pueblo y a una separación de la imagen de político de partido, para convertirse en un gobernante políticamente transversal, con un ideario firme y un programa comprometido, y capacidad para llevarlo a cabo. En su primera etapa como presidente, Reagan fue demasiado político y especialmente volcado en los programas típicos del progresismo estadounidense

La elasticidad del discurso sirve un objetivo claramente político. Reagan se manifiesta dispuesto a reformar y/o modificar sus propias iniciativas si con ello pueden mejorar. Abandona la rigidez de su primera etapa, y tiende su mano al Congreso poniendo como testigo a la prensa y, muy importante, a la opinión pública. En esa línea, el Presidente puede plantear la confección de un discurso retóricamente irrefutable: lo que haya de cambiarse, puede hacerse. Pero debe llevarse a cabo entre todos pues se trata de un programa de interés general. Que las disputas entre congresistas, ni las luchas internas de los partidos, perjudiquen nunca la operatividad de una acción claramente favorable para el país.

Reagan también recuperó una técnica propia del Presidente Franklin Delano Roosevelt. Cuando los ataques contra su gestión -incluso hacia su persona-

arreciaban, Roosevelt había adoptado una posición absolutamente constructiva: ignorar, en su mayor parte, los comentarios negativos y, a un tiempo, desplegar una enorme actividad en la resolución de problemas pendientes y otros nuevos; dar respuestas a las demandas que despertaban una especial sensibilidad entre la opinión pública.

Técnica también arraigada en la tradición política del Partido Demócrata consistía en la figura de la "charla junto a la chimenea". Primeramente impulsadas por el Presidente Roosevelt, también Kennedy y Carter usaron este recurso de interlocución. Reagan modernizó el sistema de imagería mediática y convirtió sus discursos radiofónicos de cada sábado en una manifestación que debía conciliar dos elementos básicos para el Presidente: la imagen combinada de competencia profesional como gestor y calidad humana como persona.

En su búsqueda incansable de la empatía como líder resonante, el Presidente Reagan impulsó cambios fundamentales en las ruedas de prensa que el Presidente concedía en la Casa Blanca. En primer lugar, modificó la escenografía, que no el escenario. En vez de hacer su entrada por una puerta lateral, lo que obligaba al Presidente -para acceder a su tribuna mediática- a pasar junto a los periodistas ya acomodados en las sillas, Reagan incorpora el corredor como escenario de entrada del Presidente. El pasillo central (perfectamente ordenado, correctamente alineado, moderadamente decorado, en una manifestación visual de equilibrio y sentido común) es el fondo abierto y tranquilo que aparece tras la atrio de interlocución. Cuando se anuncia la llegada del Presidente, los asistentes se incorporan respetuosa y necesariamente: es la única forma de ver al Presidente, que aparece al fondo del pasillo y accede a la tribuna que se halla al final del mismo, ya en la sala donde se celebra la conferencia de prensa. El recorrido del pasillo puede hacer ganar visibilidad pública y credibilidad política a la intervención del Presidente; un paso tranquilo y firme, cuerpo erguido, gesto resolutivo... Una imagen antes de la palabra. "*América está bien gobernada*".

La batalla de la credibilidad.

Cuando se cometen errores de grueso calibre, ¿puede ser protegido el Presidente de sí mismo? Reeves se manifiesta negativo en el caso de Kennedy, y

recuerda lo escrito por Arthur M. Schlesinger en su Memorandum "Protection of the President":

"When lies must be told, they should be told by subordinate officials. At no point should the President be asked to lend himself to the cover operation", recurriendo a la treta de hacer que *"someone other than the President make the final decision and do so in his absence -someone whose head can later be placed on the block if things go terribly wrong"*¹.

Esta ficción política desplazaba la responsabilidad aparente hacia un vector menor y diferente del Presidente; sin embargo, su uso expansivo también podía acarrear claros inconvenientes. Entre otros, que la Casa Blanca -ante la opinión pública- perdiera el control de la situación. Por ello mismo, resulta imprescindible para Reagan separar entre su persona y el resto de la clase política del país. Pero, esta vez, el Presidente no comete el error de proceder a una separación radical de ambas esferas, llegando a negar incluso su condición de político. En ese contexto, Reagan se erigió en la suma de todo lo mejor que tenía el sistema político; heredero, directo o no, de las más logradas tradiciones y usos políticos de la Presidencia. Todo ello aunado en torno suyo; la presidencia como motor del cambio -y senda vertebradora- para el país político.

En su biografía sobre el Presidente Reagan, Dinesh D'Souza sostiene la posición del entonces Presidente en su visita al cementerio de Bitburg, Alemania, donde se hallaban también enterrados cadáveres de miembros de las SS, además de la Wehrmacht y de otra condición. Sin percatarse probablemente de ello, al exponer el caso, D'Souza establece una explicación intuitiva del comportamiento que tuvo Reagan. El Presidente persistió en su visita, aun sabiendo la polémica que desataría, pues entendía que su función como Presidente quedaría más debilitada de aceptar un cambio impuesto que de cometer un error asumido².

¹ REEVES, Richard: *President Kennedy. Profile of Power*. Nueva York, Simon and Schuster, 1993, pág. 85.

² Sostiene D'Souza que *"the Bitburg incident, like many others, reveals one of Reagan's most remarkable leadership qualities: his ability to maintain his course and not to be deterred even in the face of intense opposition. Previous presidents, like Nixon, were obsessed with the antagonism of political and social elites. It is hard to think of a politician today who does not care deeply about his or her image as portrayed by Time and the Washington Post. For a politician, this trait is a serious weakness, because it makes the person vulnerable to manipulation through the techniques of abuse and flattery. It is a measure of Reagan's complete self-assurance that he was totally indifferent to what the elites thought and said about him"*. D'SOUZA, Dinesh: *Ronald Reagan. How and Ordinary Man Became an Extraordinary Leader*. Nueva York, Touchstone, 1999, pp. 235-236.

La interpretación de D'Souza es bienintencionada, pero un tanto arriesgada. Es difícil considerar que la visita a Bitburg fuera un acierto. En casos de potencial polémica, Reagan, por lo general, declinaba su participación; lisa y llanamente. ¿Por qué asumir aquí riesgos que eran impensables en otras situaciones? Además de la propia confianza, Reagan disponía de unos recursos retóricos que le convertían en un escalador de cumbres. El estilo de Reagan es de una simplicidad pasmosa... y tremendamente efectivo. De entrada, como elemento natural a su discurso público, basaba sus construcciones de oratoria en la incorporación de numerosos elementos positivos; Reagan empleaba "well" para empezar no pocas frases. Además, y en palabras de su biógrafo,

"Reagan's personal detachment -the wall that he constructed around his inner self- insulated him from vicious ad hominem insults"³.

Un factor clave en todo rétor consiste en su defensa ante los ataques. Existe un mecanismo -habitualmente reconvertido en verdadero sistema de autoprotección- que reside en desvincularse emocionalmente de las críticas, para entrar -si acaso- en las cuestiones de fondo -de haberlas-; esto último es lo que interesa a los ciudadanos. El político debe subordinar su propio ego -el ansia de devolver los golpes recibidos-, al mismo tiempo que establece sólidos cortafuegos para impedir que el incendio de una ofensiva puedan afectar al carácter abierto, resolutivo y democrático de su discurso político, con un aura de gloria mistificada que pueda elevar los espíritus e impulsar la acción. Esto lo comprendió bien Reagan; y lo aplicó.

"Greatness, however, requires that leaders who change their times be sent to change themselves, or at least to embody great ideals"⁴.

³ D'SOUZA, Dinesh: Ronald Reagan. How and Ordinary Man Became an Extraordinary Leader, pág. 236.

⁴ MORRIS, Edmund: Dutch: A Memoir of Ronald Reagan, Nueva York, Random House, 1999, pág. 4.